



## BUENOS AIRES Y SUS MATADEROS

Cuando don Juan de Garay con clara visión estratégica hablaba de “abrir fronteras a la tierra” y en 1580 fundó Buenos Aires tenía bien claro, que no hallaría en estos lares la plata del Potosí ni, mucho menos el oro del Perú. La riqueza recorría otros senderos en las costas del Río de Solís que en el futuro no tendría del metal argento, nada más que el nombre. Aún faltaban algunos años para que la denominación de Río de la Plata le fuera impuesta.

Lo que sí abundaba era el ganado cimarrón cuya reproducción natural, por cierto numerosísima en casi cuatro décadas, se debía a las escapadas de aquel real que fue la Santísima Trinidad y su puerto, Buenos Aires, al abandono del sitio y al ambiente tan propicio a la fecundidad que iniciaría las llamadas vaquerías y daría comienzo a la actividad ganadera, indudablemente la más antigua de todas las que perduran.

Implantado el tronco de la ley, clavado el rollo de la justicia y realizado que fue todo el ritual fundacional, Garay se dedicó a determinar la ubicación de la Plaza Mayor y en su entorno la de los predios para la iglesia, el fuerte y el cabildo. También al repartimiento tanto de solares como de chacras entre quienes lo acompañaron en su empresa. No resulta dispa-

ratado colegir que el primer matadero de reses para consumo estuviera en las cercanías de aquel céntrico emplazamiento.

La primera ubicación documentadamente probada de un lugar para el faenamiento reses y abasto de la población de la ciudad estaba en las inmediaciones de lo que hoy es la esquina de Chacabuco y Rivadavia. Hay noticias de un macelo establecido a comienzos del siglo XVII en las actuales avenidas Carlos Pellegrini y Rivadavia y simultáneamente, del funcionamiento de otro en el cruce de México y Bolívar, el llamado “Matadero de Ávila”.

Durante los primeros años del siglo XVII se creó el llamado “Corral de Bacas (sic) para Propios”, que dependía del Fiel Ejecutor, funcionario del Cabildo cuya misión era el control de



los precios, pesas y medidas. Funcionó en los alrededores de la presente Plaza Lavalle, luego cerca de la Recoleta y finalmente en las cercanías del barrio de Belgrano.

En los tiempos en los que don Juan José de Vértiz y Salcedo ejerció la máxima autoridad del Río de la Plata se faenaban animales para el consumo en tres sitios diferentes de la capital virreinal: el "Matadero de Santo Domingo" en lo que hoy es Caseros y Montes de Oca; el ya mencionado "Matadero del Norte", vecino al convento de los Monjes Recoletos y los "Mataderos del Centro", "de Carricaburu" o "de Miserere", más o menos limitado por las avenidas Corrientes y Pueyrredón y las calles Valentín Gómez y Ecuador.

Hacia 1830 sólo funcionaba oficialmente el matadero de Santo Domingo, también denominado "del Sur" que fue llevado hasta la que hoy conocemos como Plaza España

(Caseros y Amancio Alcorta). Se los llamó también los de "El Alto" o los de "La Convalecencia" y son en los que Echeverría imaginó la trama de su cuento "El Matadero". Aunque desde finales de la década de 1850 se pensaba mudar el establecimiento hacia un sitio más alejado del casco urbano fue recién en 1872 que comenzó a realizarse la matanza de animales

para consumo en "Los Corrales". Situados en la intersección de Almaguer y Caseros, en el actual Parque de los Patricios, no serán por cierto los últimos con los que contará Buenos Aires. El barrio que se desprendía de ellos, antes de adquirir la denominación que hoy lo designa tuvo la de "Corrales Viejos", claro está, pronto habría unos nuevos.





# BUENOS AIRES Y SUS MATADEROS



La transformación de la ciudad y sobre todo su crecimiento hicieron pensar a las autoridades del Municipio en la necesidad de trasladar los mataderos públicos hacia una zona lo más alejada posible de donde se encontraban. La incorporación en 1887 de los partidos bonaerenses de Flores y de Belgrano a la ciudad declarada Capital Federal de la República en 1880 permitió hallar la zona adecuada. El sector no tenía nombre por lo que se usaba para referenciar la ubicación del macelo a construirse, la parada ferroviaria de Liniers del entonces Ferrocarril del Oeste. Juan José de Soiza Reilly denominó a esas lejanías "Finisterre", el fin del mundo conocido; la nomenclatura oficial las llamó "Nuevo Chicago", lo que en gran medida se debe al doctor Carlos Malbrán, quien describió asombrado por su modernidad, a los mataderos de Illinois. Pero en verdad el nombre que lleva hoy el barrio en el que se emplazó el nuevo Matadero Público Municipal y Juzgado de Corrales,

antecedente del Mercado de Liniers cuyo cese ya es cercano, se le debe al bautismo popular y es "Mataderos".

Cada uno de los barrios de la ciudad de Buenos Aires reconoce un origen particular y una historia que le es propia. El comienzo de Mataderos está íntimamente ligado a ese establecimiento que le dio inicio, identidad y nombre hace 122 años.

La celebración de eventos fundacionales es siempre recomendable y ciertamente agradable aunque en este caso, si son acompañadas por una cercana despedida suelen provocar el sinsabor que genera el adiós. Y eso ocurre aunque el cambio esté signado por el progreso, por la adecuación a la modernidad y por el adelanto de una actividad económica que es más antigua que la patria misma. Este sentimiento que crea el cese del Mercado de Hacienda en el sitio tradicional que ocupa, en el que se normatizó la actividad de los consignatarios y la de los matarifes o abastecedores, en el que actuaron los compradores de hacienda y los antaño denominados embretadores, hoy los emblemáticos reseros, esos insustituibles trabajadores de a



caballo que firmaron en 1945, el primer convenio colectivo de trabajo de nuestro país. Ese mercado en el que partiendo del productor comienzan a relacionarse una variadísima gama de industrias, actividades y gremios hasta llegar al consumidor a través de muy diversos productos. Resulta imposible que ese cambio no genere alguna congoja.

Ya hace muchos años que el museo que dirijo y la junta de historia que presido se impusieron las tareas de difundir la tradición criolla y la historia barrial que investigan con método científico, que estudian con pasión y que difunden con soporte documental. Son el reservorio del pasado rural y a la vez urbano que encarna Matareros que seguirá siendo, indudablemente, la tranquera siempre abierta entre el campo y la ciudad.

Y cómo no serlo, si como supo decir Borges, nos queda el pastito que crece entre los adoquines de las calles de Buenos Aires y que no es otra cosa que el campo subyacente que pugna por asomar a la superficie. Permanecerá también el monumento "El Resero", la única de las diecisiete estatuas ecuestres con las que cuenta la



ciudad, que homenajea a un trabajador y es por cierto, el más humilde de todos los que intervienen en la compra y venta de ganado en pie.

Es menester entonces mantener encendida la lámpara votiva de la tradición de aquella "traditio" latina que transmite lo que fuimos para tener conciencia de lo que somos, que nos recuerda de dónde venimos para poder decidir a donde, si Dios nos ayuda, queremos llegar. 

